

bia puesto la naturaleza (1). De esta primera contradicción se derivan todas las que se notan en el orden civil entre la realidad y la apariencia. Siempre será sacrificada la muchedumbre al corto número, y el interés público al particular; siempre servirán de instrumentos para la violencia y armas para la iniquidad, los especiosos nombres de subordinación y justicia: de donde se colige que las clases distinguidas que pretenden ser útiles para las demás, efectivamente son útiles solo para sí propias á costa de las demás; y por esto debemos juzgar del aprecio en que, según la justicia y la razón, merecen ser tenidas. Fáltanos ver si la gerarquía que se han tomado contribuye mas á la felicidad de los que la ocupan, para saber el juicio que debe formar cada uno de nosotros acerca de su propia suerte. Este es el estudio que ahora nos importa; mas para que saquemos fruto de él, es necesario conocer primero el corazón humano.

Si solo se tratase de hacer ver á los mozos la máscara del hombre, no habria necesidad de enseñársela, que de sobra la verian ellos; pero como el hombre no es su máscara, y no queremos que se dejen engañar del relumbron, cuando les pinteis el hombre, retratadle como él es, no para que le tomen ódio, sino para que le tengan lástima, y no se le quieran parecer; que este es, á mi ver, el mas juicioso afecto que á un hombre pueda inspirar su especie.

Con este fin, importa seguir aquí un camino opuesto al que hasta ahora hemos seguido, y antes instruir al mozo por la experiencia ajena que por la suya propia. Si le engañan á él los hombres, les tomará aborrecimiento; pero si le respetan, y ve que mutuamente se engañan, les tendrá lástima. Decia Pitágoras que era parecido el espectáculo del mundo al de los juegos olímpicos: los unos ponen tienda, y solo piensan en su ganancia; los otros aventuran su persona, y buscan la gloria; los otros se contentan con ver los juegos.

(1) El espíritu universal de las leyes de todo país es siempre auxiliar al fuerte contra el débil, y al que tiene contra el que no tiene: inconveniente que es inevitable y no admite excepcion.

Desearía que fuera tan selecta la sociedad de un mancebo, que tuviera buena opinion de los que con él viven, y que le enseñáramos á conocer tan bien el mundo, que la tuviese mala de todo cuanto en él hacen. Sepa que naturalmente es bueno el hombre, siéntalo en sí, y juzgue de su prójimo por sí mismo; empero vea cómo deprava y pervierte la sociedad á los hombres; encuentre en las preocupaciones de estos la causa de todos sus vicios; tenga inclinación á estimar á cada individuo, mas desprecie la muchedumbre; vea que todos llevan casi una misma máscara, pero sepa que hay rostros mas hermosos que la máscara que los encubre.

Preciso es confesar que este método tiene sus inconvenientes, y que es difícil de poner en práctica; porque si desde tan temprano se hace observador, y le ejercitais en que aceche con tanta atención las acciones ajenas, le hareis maldiciente y satírico, decisivo y pronto á fallar: se acostumbrará á la odiosa satisfacción de hallar en todo siniestras interpretaciones, y á no mirar bien ni aun lo que es bueno. A lo menos se hará al espectáculo del vicio, y verá sin horror á los malos como se acostumbra uno á ver sin compasión á los desventurados; y en breve, la perversidad general no tanto le servirá de lección cuanto de disculpa, diciendo en su interior que si es tal el hombre, él no debe querer ser de otro modo.

Si quereis instruirle por principios, y hacer que con la naturaleza del corazón humano conozca la aplicación de las causas externas que convierten en vicios nuestras inclinaciones, trasladándole intempestivamente de los objetos sensibles á los intelectuales, usais de una metafísica que no está en estado de entender; incurriendo en el inconveniente, que hasta aquí con tanto afán hemos evitado, de darle lecciones que lo parezcan, y de sustituir en su inteligencia la experiencia y la autoridad del maestro á su experiencia propia y al adelanto de su razón.

Para remover ambos obstáculos á la par, y poner á su alcance el corazón humano sin arriesgarse á estragar el suyo, quisiera yo enseñarle los hombres á lo lejos, en otros tiempos y en otros países, de suerte que

pudiera ver la escena sin poder nunca obrar en ella. Esta es la época de aprender la historia; con ella leerá en los corazones sin las lecciones de la filosofía; con ella, mero espectador, los verá sin interés ni pasión, como juez, no como cómplice ni como acusador.

Para conocer á los hombres, es necesario verlos en sus obras. En el mundo los oímos hablar; muestran sus dichos y esconden sus acciones; pero éstas se hallan patentes en la historia, y los juzgamos por los hechos. Hasta sus dichos sirven para valuarlos, porque comparando lo que dicen con lo que hacen, vemos á un tiempo lo que son, y lo que quieren parecer: cuanto mas se encubren, mejor los conocemos.

Por desgracia este estudio adolece de inconvenientes y riesgos de varias especies. Es difícil colocarse en un punto de vista desde el cual podamos juzgar con equidad á nuestros semejantes. Uno de los vicios principales de la historia, consiste en que retrata mucho mas á los hombres por sus malas facciones que por las buenas: como solo toma interés por las revoluciones y las catástrofes, mientras que crece y prospera un pueblo en la bonanza de un gobierno pacífico, nada habla de él; ni empieza á mentarle hasta que este, no pudiéndose ya bastar á sí propio, se ingiere en los negocios de los comerciantes, ó deja que estos se metan en los suyos; no le ilustra hasta que ya está decadente; principiando todas nuestras historias por donde debieran concluir. Con mucha puntualidad tenemos la historia de los pueblos que se destruyen; la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican, que son tan felices y tan discretos que nada tiene que decirnos de ellos; y con efecto, aun en nuestro tiempo, vemos que los gobiernos que mejor se conducen son aquellos de que menos se habla. Solo el mal sabemos, y apenas forma época el bien. Solamente los malos son famosos; los buenos son puestos en olvido ó ridiculizados. Semejante el tiempo á un río caudaloso, dice Bacon, aquello mas ligero y menos sólido, es lo que nos trae: todo lo que mas peso tiene se va al fondo, y se queda tragado en su vasto cauce. De este modo, la historia, como la filosofía, calumnia sin cesar al linaje humano.

Además falta mucho para que los hechos que describe la historia sean la pintura exacta de cómo sucedieron; pues mudan de forma en la cabeza del historiador, amoldándose por sus intereses, y tomando color en sus preocupaciones. ¿Quién es el que sabe colocar al lector exactamente en el sitio de la escena, para que vea un suceso tal como fué? Todo lo disfraza la ignorancia ó la parcialidad. Aun sin alterar un rasgo histórico, con solo ensanchar ó estrechar las circunstancias que á él se refieren, ¡cuántos distintos semblantes le podemos dar! Poniendo un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas parecerá el mismo, y con todo no habrá variado otra cosa que la mirada del espectador. ¿Basta, en obsequio de la verdad, contarme un hecho verdadero, si me le hacen ver de distinto modo que sucedió? ¡Cuántas veces un árbol mas ó menos, un peñasco á mano derecha ó izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento, han decidido el éxito de una batalla, sin que nadie lo haya conocido! ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota ó la victoria, tan resueltamente como si se hubiera encontrado en todas partes? Ahora bien, ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuando no sé la razon de ellos? ¿Ni qué lección me puede dar un suceso cuya verdadera causa ignoro? Una me da el historiador, pero se la fragua él; y la crítica misma con que tanta bulla meten, no es mas que el arte de conjeturar, de escoger entre muchas mentiras la que se da mas aire á la verdad.

¿No habeis leído nunca las guerras civiles de Granada, ó cualquiera otro libro de la misma especie? El autor elige un suceso conocido; acomodándole luego á sus ideas, adornándole con circunstancias que inventa, con personajes que nunca existieron, y con retratos imaginarios, hacina ficciones y mas ficciones para amenizar la lectura. Poca diferencia veo entre estas novelas y nuestras historias, como no sea que el novelista se abandona mas á su propia imaginacion, y el historiador se ciñe mas á la ajena: á lo cual añadiré, si quiere, que aquel se propone un objeto moral, bueno ó malo, y este no se cura de eso.

Me dirán que interesa menos la fidelidad de la his-

toria que la verdad de las costumbres y caracteres; y que como esté bien pintado el corazón humano, poco importa que sea fiel la narración de los sucesos: porque añaden, al cabo ¿qué se nos da de hechos que hace dos mil años sucedieron? Tienen razón, si están dibujados los retratos conforme al natural; pero si la mayor parte no tienen otro modelo que la imaginación del historiador, ¿no incurrimos en el inconveniente que quisiéramos evitar, otorgando á la autoridad de los escritores lo que quisiéramos quitar á la del maestro? Si solo pinturas de fantasía ha de ver mi alumno, mas quiero que sea el dibujo de mi mano que de la de otro; pues á lo menos se las adaptaré mejor.

Los historiadores que juzgan, son los peores para un mancebo. Hechos, hechos, y juzgue él propio; que así aprenderá á conocer á los hombres. Si le guía sin cesar el juicio del autor, no hace otra cosa que ver por ojos ajenos; y así que estos le faltan, no ve nada.

Dejo aparte la historia moderna, no solo porque no tiene fisonomía marcada, y nuestros hombres son todos parecidos, sino porque nuestros historiadores, atentos solo á lucirse, no piensan mas que en hacer retratos con colores muy vivos, y que no se parecen á nada (1). En general, los antiguos hacen menos retratos, y gastan menos agudeza y mas sentido en sus juicios; y todavía entre estos es menester mucho tino para escoger bien: no se han de tomar al principio los mas juiciosos, sino los mas sencillos. No quisiera poner en manos de un mancebo á Polibio, ni á Salustio; Tácito es el libro de los ancianos, pues los mozos no son capaces de entenderle. Aprendamos á ver en las acciones humanas los primeros contornos del corazón del hombre, antes de querer sondear sus abismos; y sepan leer bien en los hechos antes de leer en las máximas. Solo á la experiencia conviene la filosofía en máximas; nada debe generalizar la juventud; toda su instrucción se ha de ceñir á reglas particulares.

(1) Véanse Dávila, Guichardino, Estrada, Solís, Maquiavelo, y á veces el mismo De Thou. Vertot es casi el único que sabia pintar sin hacer retratos.

A mi ver, el verdadero dechado de los historiadores es Thucydides. Cuenta los hechos sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en estado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto refiere lo pone á vista del lector; lejos de interponerse entre los lectores y los sucesos, se esconde; y cree uno que ve, no que lee. Por desgracia siempre habla de guerras, y en todas sus narraciones casi no vemos otra cosa que batallas, y es la que menos instruye. La misma discreción y el mismo defecto tienen la retirada de los diez mil, y los comentarios de César. Sin retratos ni máximas, pero fluido, cándido, lleno de las circunstancias mas capaces de agradar y de interesar, el buen Herodoto acaso fuera el mejor de los historiadores, si no degeneraran con frecuencia estas mismas circunstancias en pueriles simplicidades, mas propias para estragar el gusto de la juventud, que para formarle: por tanto, su lectura necesita discernimiento. Nada digo de Tito Livio, ya llegará su turno: pero es político, es retórico, es todo cuanto no conviene para esta edad.

En general, la historia tiene el defecto de que solo menciona hechos sensibles y señalados, los cuales pueden fijarse con nombres, lugares y fechas; pero siempre permanecen desconocidas las lentas y progresivas causas de estos hechos, que no se pueden asignar del mismo modo. Muchas veces atribuyen á una batalla perdida ó ganada el motivo de una revolución que ya se habia hecho inevitable antes de esta batalla. La guerra no hace mas que manifestar sucesos, determinados ya por causas morales que rara vez saben ver los historiadores.

El espíritu filosófico ha llamado á este objeto las reflexiones de varios escritores de este siglo; pero dudo que la verdad salga mas depurada de su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos la manía de sistemas, ninguno procura ver las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema.

Añádase á estas reflexiones, que la historia manifiesta mucho mas las acciones que los hombres; solo en ciertos instantes privilegiados los coge, con sus vestidos

de ceremonia; solo al hombre público expone, el cual se ha ataviado para ser visto: no le sigue dentro de su casa, de su gabinete, en medio de su familia, de sus amigos; solo le pinta cuando está representando, y harto mas nos retrata su traje que su persona.

Para empezar el estudio del corazon humano, quisiera mejor la lectura de las vidas particulares, porque entonces en vano se esconde el hombre; pues á todas partes le persigue el historiador; no le deja parar un instante, ni un rincon en que se pueda zafar de los penetrantes ojos del espectador; y cuando piensa el uno que mas escondido está, mejor le da á conocer el otro. «Aquellos, dice Montaigne, que escriben las vidas, cuanto tratan mas de los consejos que de los sucesos, mas de lo que sucede adentro que de lo que acontece fuera, tanto mas me gustan; por eso Plutarco es mi hombre.»

Verdad que es muy distinta la indole de los hombres ó de los pueblos, del carácter del hombre en particular, y que fuera imperfectísimo nuestro conocimiento del corazon humano, si no le examináramos tambien en la muchedumbre. Pero no es menos cierto que antes de juzgar de los hombres es preciso estudiar al hombre, y que quien perfectamente conociese las inclinaciones de cada individuo, podria combinar todos sus efectos en el pueblo entero.

Tambien aquí es menester recurrir á los antiguos, por las razones que ya he dicho, y además porque deserradas del estilo moderno todas las circunstancias familiares y bajas, aunque verdaderas y características, con tanto adorno aparecen los hombres en las vidas privadas de nuestros autores, como en la escena del mundo. No menos severa en los escritos que en las acciones, la decencia solo permite ya decir en público lo que permite que en público se haga; y como no es posible mostrar á los hombres sino en perpétua representacion, no los conocemos mas en nuestros libros que en nuestros teatros. Cien veces se harán y tornarán á hacer las vidas de los reyes, sin que tengamos Suetonios (1).

(1) Uno solo de nuestros historiadores, que imitó á Tácito en las grandes piaceladas, se ha atrevido á imitar á Suetonio, y á veces á co-

Plutarco se aventaja en estas mismas menudencias en que no osamos meternos. Tiene gracia inimitable para retratar á los grandes varones en las cosas menudas; y es tan feliz en la eleccion de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademan, le bastan para caracterizar á su héroe. Con un chiste vuelve Anibal el valor á su ejército asustado, y le hace marchar riendo á la batalla que le dió la Italia: Agesilao, á caballo en una caña, me hace querer al vencedor del gran Rey: César, atravesando una pobre aldea, y discurrendo con sus amigos, sin pensarlo deja ver al picaro que decia querer solo igualarse á Pompeyo: Alejandro bebe una purga sin decir palabra, y este es el mas hermoso instante de su vida: Aristides escribe su propio nombre en una concha, y justifica así su mote: Filopemeno, tirandola capa, corta leña en la cocina de su huésped. Este es el arte verdadero de pintar. No se manifiesta la fisonomía en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones; en frioleras es donde se descubre el natural. Las cosas públicas, ó son muy comunes, ó tienen mucho aderezo, y la dignidad moderna casi no permite á nuestros historiadores que hablen de ningunas otras.

Indisputablemente fué Turena uno de los mas claros varones del siglo pasado, y un escritor ha sabido hacer interesante su vida con menudas circunstancias que le dan á conocer, y le hacen amar; pero ¡cuántas se ha visto precisado á suprimir, que le hubieran hecho mas conocido y mas amado! Una sola citaré, que sé de buen origen, y que Plutarco se hubiera guardado de omitir, pero que Ramsai no se hubiera atrevido á escribir, aun cuando la hubiese sabido.

Un dia de verano, que hacia mucho calor, estaba asomado á la ventana de su antecámara el vizconde de Turena, en chupetin blanco, y en gorro; llega uno de sus criados, y engañado con el vestido, cree que es un pinche de cocina con quien tenia mucha familiaridad. Acércase bonitamente por detrás, y con mano no muy

piar á Comines en las pequeñas; y esto mismo, que da valor á su libro, ha sido motivo de critica en nuestro país.

ligera, le pega una terrible palmada en las nalgas. Vuélvese al instante el aporreado: mírale el criado, y conoce temblando á su amo. Hincase de rodillas fuera de sí: «Excelentísimo señor, pensé que era Jorje.—Y aunque hubiera sido Jorje, dice Turena estregándose el trasero, no venia al caso pegar tan fuerte.» Miserables, esto es lo que no os atreveis á decir. Pues no tengais nunca naturalidad, ni entrañas: templad, endureced vuestros corazones de acero en vuestra vil decencia; y en fuerza de dignidad haceos despreciables. Pero tú, buen mancebo, que lees este rasgo, y sientes enternecido toda la blandura de ánimo que aun en el primer movimiento acredita, lee tambien las miserias de este gran varón, así que se trataba de su cuna y su nombre. Contempla que este mismo Turena era quien ponía cuidado en ceder el sitio preferente en todas partes á su sobrino, para que viesén que este niño era caudillo de una casa soberana. Junta estas contraposiciones, ama la naturaleza, desprecia la opinion, y conoce al hombre.

Poquísimas personas hay capaces de comprender el efecto que en el espíritu novel de un mancebo pueden producir lecturas dirigidas de esta manera. Cargados con libros desde nuestra infancia, acostumbrados á leer sin pensar, nos hace menos impresion lo que leemos, pues como ya tenemos dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto hacen, porque estamos fuera de la naturaleza, y por nosotros juzgamos á los demás. Empero representémosnos á un mozo educado segun mis máximas; figurémosnos á mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos, sin otro objeto que conservar le recto el juicio y sano el corazón; figurémosnos que, al levantar el telon, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, ó mas bien que colocado detrás de la escena mira á los actores ponerse y quitarse sus trajes, y que cuenta las cuerdas y poleas, cuya torpe apariencia engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve, al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desden de su especie: se indigna-

rá contemplando á todo el linaje humano, hecho irrisión de sí propio, envileciéndose con estos juguetes de criaturas; se afligirá al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hombres.

Mediante las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escoge con un poco de tino y prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco las reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y mas bien hecho que todas las vanas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando despues de haber escuchado los novelescos proyectos de Pirro, le pregunta Cineas qué utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin tanto afan disfrutarla, entonces solo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexion, que hubiera él igualmente hecho, y que nunca se borraré de su ánimo, porque no halla en este ninguna otra preocupacion contraria que pueda estorbar su impresion. Cuando luego, leyendo la vida de este disparatado, halle que todos sus vastos designios vinieron á parar en morir á manos de una mujer, en vez de maravillarse de este pretendido heroismo, ¿qué otra cosa ha de ver en todas las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las arterias de tan consumado político, que otros tantos pasos en busca de la malhadada teja que con una ignominiosa muerte debia acabar con sus proyectos y su vida?

No todos los conquistadores han sido muertos, ni á todos los usurpadores se les han frustrado sus empresas; felices parecerán muchos á los ánimos embebidos en las opiniones vulgares; mas el que, sin pararse en las apariencias, solo juzga de la felicidad de los hombres por el estado de sus corazones, en sus triunfos mismos verá sus miserias; verá que con la fortuna crecen y toman mas vuelo sus deseos y sus roedores cuidados; los verá correr hasta ahogarse, sin llegar nunca á la meta; los verá semejantes á aquellos viajeros inexpertos que por primera vez atraviesan los Alpes, y á cada montaña piensan que se los dejan atrás, y cuando á

fuerza de fatigas, han trepado á la cumbre, encuentran desalentados que se les oponen montañas aun mas altas que las ya pasadas.

Después de avasallados sus conciudadanos y destruidos sus rivales, Augusto rigió por espacio de cuarenta años el mas vasto imperio que ha existido; ¿pero le quitaba todo este inmenso poder que pegase con la cabeza en las paredes, y que atudiese á gritos su palacio, pidiendo á Varo sus legiones exterminadas? Aun cuando hubiera vencido á todos sus enemigos, ¿para qué le hubieran servido sus inútiles triunfos, si en torno suyo le nacia sin cesar todo género de pesares, y sus amigos mas queridos aspiraban á quitarle la vida, viéndose reducido á llorar la ignominia ó la muerte de todos sus deudos? Quiso el desventurado gobernar el mundo, y no supo gobernar su casa. ¿Qué resultó de esta negligencia? Vió morir en la flor de su edad á su sobrino, á su hijo adoptivo, á su yerno; su nieto tuvo que comer el pelote de su cama para prolongar algunas horas su miserable existencia; su hija y su nieta, después de haberle cubierto de infamia, murieron, una de hambre y miseria en una isla desierta, y otra en la cárcel á manos de un corchete: finalmente, él mismo, postrera reliquia de su malhadada familia, se vió forzado por su propia mujer á dejar por sucesor suyo á un monstruo. Tal fué la suerte de este árbitro del mundo, tan célebre por su felicidad y su gloria. ¿Cómo he de creer que uno solo de los que tanto las admiran, quisiese comprarlas á este precio?

He tomado por ejemplo la ambicion, pero lecciones semejantes presenta el juego de todas las humanas pasiones al que quiere estudiar la historia para conocerse, y tornarse sabio á costa de los muertos. Se acerca el tiempo en que tendrá la vida de Antonio una instruccion mas inmediata para el mancebo que la de Augusto. En los extraños objetos que á su vista se presentan durante sus nuevos estudios, no se reconocerá Emilio á sí propio; pero sabrá de antemano apartar la ilusion de las pasiones antes que nazcan; y al ver que en todos tiempos han obcecado á los hombres, vivirá prevenido de que tambien podrán obcecarle á él, si de ellas se deja

arrastrar (1). Bien sé que estas lecciones no le son muy adaptables, y que acaso cuando se necesiten serán insuficientes y tardias; mas acordaos que no son esas las que he querido sacar de este estudio. Cuando le empecé, me propuse otro fin; y ciertamente, si este fin no se consigue, la culpa será del maestro.

Considerad que en cuanto se ha desenvuelto el amor propio, sin cesar se pone en accion el yo relativo, y nunca observa el mancebo á los otros sin volver sobre sí y compararse con ellos. Por tanto se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes después que los haya examinado. Por el modo como hacen que lean la historia los jóvenes, veo que los trasforman, por decirlo así, en todos los personajes que ven; que hacen esfuerzos para que se supongan unas veces Ciceron, otras Trajano, otras Alejandro; que los desalientan cuando entran dentro de sí; y que á cada uno le inspiran el desconsuelo de no ser mas que él propio. Ciertas utilidades tiene este método, que yo no disputo; mas si en estos paralelos sucediere una sola vez que quiera mas mi Emilio ser otro que él, aunque este otro fuere Sócrates, aunque fuere Caton, todo falló: quien empieza á tenerse por extraño, no tarda en olvidarse enteramente de sí.

Los filósofos no son los que mejor conocen á los hombres, pues solo los miran por entre las preocupaciones de la filosofia; y no conozco estado ninguno en que tantas haya. Mas sano juicio forma de nosotros un salvaje que un filósofo. Este siente sus vicios, se indigna con los nuestros, y dice: Todos somos malos; el otro nos contempla sin emocion, y dice: Sois locos. Tiene razon, porque nadie hace el mal por hacerle. Mi alumno es este salvaje, con la diferencia de que como Emilio ha reflexionado mas, ha comparado mas ideas, y ha visto mas de cerca nuestros errores, está con mas atencion contra sí propio, y solo falla en lo que conoce.

(1) La preocupacion es la que siempre fomenta en nuestros pechos la impetuosidad de las pasiones. Quien solo ve lo que es, y solo estima lo que conoce, poco se apasiona. Los errores de nuestros juicios excitan el ardor de todos nuestros deseos.

Nuestras pasiones son las que nos irritan contra las de los demás; nuestro interés el que hace que aborrezcamos á los malos; si no nos hiciesen mal ninguno, les tendríamos mas lástima que odio. El mal que nos hacen los malos, es causa de que nos olvidemos del que se hacen á sí propios. Con mas facilidad les perdonáramos sus vicios, si pudiéramos saber cuánto castigo les da por ello su mismo corazon. Sentimos la ofensa, y no vemos el castigo; apirentes son las ventajas, interna la pena. No menos atormentados están los que piensan que cojen el fruto de sus vicios, que si no hubieran salido con su desiguño; el objeto ha variado, la zozobra es la misma; en vano hacen alarde de su fortuna, y nos esconden su corazon; su conducta nos le descubre á su despecho; mas para verle bien, es menester que no se le parezca el nuestro.

Nos seducen en los otros las pasiones que son comunes con las nuestras, y nos repugnan las que perjudican á nuestros intereses; por una inconsecuencia que de ellas proviene, vituperamos en los demás lo que quisiéramos imitar. Son inevitables la aversion y la ilusion, cuando se ve uno forzado á sufrir de otro el mal que haria si se hallase en su lugar.

¿Pues qué sería necesario para observar á los hombres? Tener mucho interés en conocerlos, y mucha imparcialidad para juzgarlos; un pecho tan sensible que concibiese todas las pasiones humanas, y tan sereno que no las experimentase. Si en la vida hay un instante propicio para este estudio, es el que he escogido para Emilio: antes le hubieran sido ajenos los hombres; mas tarde se hubiera parecido á ellos. La opinion, cuya accion ve, no adquirió imperio en él todavia, ni las pasiones, cuyo efecto siente, han agitado aun su pecho. Es hombre, y le interesan sus hermanos; es equitativo, y juzga á sus semejantes. Es cierto que si los juzga bien, no querrá estar en lugar de ninguno de ellos, porque yendo fundado el blanco de cuantos afanes se toman en preocupaciones que él no tiene, le parece un blanco en el aire. Todo cuanto él desea, lo tiene á la mano. ¿De quién ha de pender, pues se basta á sí propio, y está exento de preocupaciones? Tiene brazos, moderacion,

salud (1), pocas necesidades, y con qué satisfacerlas. Criado en absoluta libertad, el mas grave mal que concibe, es la servidumbre. Compadece á esos miserables reyes esclavos de todo cuanto les obedece; á esos fingidos sabios encadenados con su vana reputacion; á esos necios ricos, mártires de su fausto; y á esos que hacen gala de su sensualidad, viviendo siempre empalagados por dar á entender que se deleitan. Compadecería á un enemigo que le hiciera daño, porque en su maldad veria su miseria, y diria entre sí: Cuando este hombre se ha puesto en la necesidad de hacerme mal, ha hecho que penda su suerte de la mia.

Otro paso mas, y tocamos á la meta. El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso; hiere con frecuencia la mano que de él se sirve, y rara vez hace provecho: in causar estrago. Considerando Emilio su lugar en el género humano, y viéndose tan felizmente colocado, le vendrá tentacion de honrar su razon con lo que es efecto de la vuestra, y de atribuir á mérito suyo lo que ha debido á su dicha. Dirá entre sí: Soy sabio, y los hombres son locos. Los compadecerá despreciándolos; dándose el parabien, se tendrá en mas; y sintiéndose mas feliz que ellos, se reputará mas acreedor á serlo. Este es el error mas temible, porque es el mas difícil de desarraigar. Si se hubiera de quedar en este estado, poco le habrian aprovechado todos nuestros afanes; y si necesario fuera escoger, tal vez preferiria yo la ilusion de las preocupaciones á la de la soberbia.

Los varones claros no se engañan acerca de su superioridad, que la ven, la sienten, y no por eso son menos modestos. Quanto mas poseen, mas conocen lo mucho que les falta. Menos los envanece su elevacion sobre nosotros, que los humilla el sentimiento de su miseria; y en los bienes exclusivos que disfrutan, tienen sobrada rectitud de razon para vanagloriarse de una dádiva que les fué hecha. Puede el hombre de bien estar ufano de su virtud, porque es suya; pero ¿por qué ha de es-

(1) Creo que puedo contar sin escrúpulo su salud y constitucion robusta entre las ventajas que por su educacion ha logrado, ó mas bien entre los dones de la naturaleza que esta educacion le ha conservado.

tarlo un hombre de talento? ¿Qué hizo Jorje Juan para no ser Torres? ¿Qué hizo Cervantes para no ser Avellaneda?

Aquí es otra cosa todavía mucho mas diferente. Quedémonos siempre en el orden comun. A mi alumno no le he supuesto un ingenio trascendental, ni un entendimiento obtuso; le he escogido en una inteligencia ordinaria, para hacer ver lo que puede la educacion en el hombre. Los casos raros están fuera de regla. Así, cuando á consecuencia de mis afanes, prefiere Emilio su modo de ser, ver y sentir al de los demás, tiene razon; pero cuando por eso se cree de mas escelente naturaleza, y de mejor índole que la de ellos, Emilio se equivoca: es fuerza desengañarle, ó precaver antes el error, á fin de que ya no sea tarde cuando queramos desvanecerle.

De todas las locuras se puede sanar á un hombre que no sea loco, menos de la de vanidad; esta solo se corrige con la experiencia, si algo de ella puede corregirse, en su cuna tal vez podamos estorbar que tome incremento. No os metais en largos argumentos para probar al mancebo que es hombre como los demás, y expuesto á las mismas flaquezas: haced que lo experimente, ó no lo sabrá nunca. Aquí estamos en un caso de excepcion á mis propias reglas, que es el de exponer voluntariamente á mi alumno á todos los desmanes que le puedan probar no es mas discreto que nosotros. De mil maneras se repetiria la aventura del titiritero; dejaria que los aduladores sacasen de él el partido que se les antojara: si unos atolondrados le hacian cometer algun disparate, le dejaria que sintiese sus consecuencias: si unos tahures le persuadian á que jugase con ellos, les dejaria que le trampeasen su dinero (1); deja-

(1) Verdad es que con dificultad caerá nuestro alumno en este lazo, teniendo tanto en qué entretenerse, no aburriéndose en su vida, y sabiendo apenas para qué sirve el dinero. Como los dos móviles con que á los niños conducen son el interés y la vanidad, sirven estos mismos dos móviles á las ramerías y á los buscones para que se apoderen de ellos al llegar á mozos. Cuando veis que despiertan su codicia con premios y recompensas, que de diez años los aplauden en un acto público del colegio, tambien veis cómo á los veinte les harán soltar el bolsillo

ria que le lisonjeasen, que le despojassen, que le vaciasen el bolsillo; y cuando viéndole sin un cuarto, hiciesen burla de él, les daria las gracias en su presencia por las lecciones que se hubiesen tomado el trabajo de darle. Los únicos lazos de que le preservaria con esmero, serian los de las cortesanas; y la única contemplacion que con él tendria, seria participar de todos los riesgos que le dejara correr y de todos los desaires que consintiera le hiciesen. Todo lo aguantaria en silencio, sin quejarme, sin echárselo en cara, sin articular una palabra; y estad cierto de que con esta prudencia nunca desmentida, todo cuanto por él me vea padecer, le hará mas impresion que lo que él mismo padeciere.

No puedo menos de reprender aquí la pretendida dignidad de los ayos, que por representar el impertinente papel de sábios, desairan á sus alumnos, tratándolos con afectacion como si fueran niños, y distinguiéndose siempre de ellos en todo cuanto los obligan á hacer. Muy lejos de abatir así su pecho juvenil, no omitais cosa ninguna para elevar su ánimo; hacedlos iguales vuestros, para que así lo sean; y si todavía no pueden ellos subir hasta vos, bajaos sin escrúpulo ni vergüenza hasta ellos. Contemplad que vuestra honra se cifra mas en vuestro alumno que en vos; tomad parte en sus yerros, para que se enmiende de ellos; cargaos con su ignominia, para borrarla; imitad á aquel valiente romano, que viendo huir su ejército, y no pudiendo reunirle, echó á correr al frente de sus soldados, gritando: «No huyen, que siguen á su capitán.» ¿Cedió esta accion en su desdoro? Lejos de eso: con sacrificarla aumentó su gloria. La fuerza de la obligacion y la hermosura de la virtud nos arrastran involuntariamente, y derrocan nuestras desatinadas preocupaciones. Si me dieran una bofetada desempeñando mis obligaciones

en un garito ó en una mancebía. Siempre se puede apostar á que el mas adelantado del aula será con el tiempo el mas jugador y el mas disoluto. Los medios que no se usaron en la niñez no están sujetos á los mismos abusos en la mocedad. Pero no pierda el lector de vista que es máxima constante mia suponer siempre que sucederá lo peor. Primero procuro precaver el vicio, y luego le supongo, á fin de poner remedio.



junto á Emilio, lejos de vengarme, me alabaria en todas partes de haberla recibido; y dudo que se hallase hombre tan villano que por eso no me respetara mas todavia.

No quiere decir esto que deba suponer el alumno las luces del maestro tan cortas como las suyas, y que se deja seducir con tanta facilidad. Buena es esta opinion para un niño que, no sabiendo ver ni comparar nada, pone todo el mundo á nivel suyo, y solo se fia de aquellos que efectivamente saben nivelarse con él. Pero un mancebo de la edad de Emilio, y de tanta razon como él, no es tan necio que así se deje alucinar, ni seria bueno que lo fuese. De otra especie es la confianza que debe tener en su ayo; debe estribar en la autoridad de la razon, en la superioridad de luces, en las ventajas que ya es capaz de conocer el mancebo, y cuya utilidad aprecia para sí. Convencido está por una larga experiencia de que le quiere su conductor; ahora se debe convencer de que es un hombre discreto, ilustrado, que desea su felicidad, y sabe lo que puede proporcionársela. Debe saber que por su propio interes le conviene escuchar sus consejos. Ahora; si se dejase el maestro engañar como el discípulo, perderia el derecho de darle lecciones y exigir de él deferencia. Aun menos debe suponer el alumno que á sabiendas le deje el maestro caer en lazos, y que ponga asechanzas á su simplicidad. Pues ¿qué se ha de hacer para evitar estos dos inconvenientes? Lo mejor y mas natural; ser sincero y sencillo como él; avisarle de los riesgos á que se expone; manifestárselos con claridad, palpablemente, pero sin exageracion, sin enojo, sin pedantes circunloquios, especialmente sin dictarle como preceptos vuestros consejos, hasta que se conviertan en tales, y se haga absolutamente preciso este estilo imperioso. Y si despues de esto se empeña, como sucederá con mucha frecuencia, no le digais entonces mas palabra, seguidle, imitadle con alegría, osadamente; abandonaos, divertíos tanto como él, si fuere posible. Si las consecuencias se hacen muy serias, siempre estais á punto de detenerlas; y entre tanto el mozo que ve vuestra prevision y condescendencia, ¡cuánta impresion le hará la una, y cuánto le enterne-

cerá la otra! Todos sus yerros son otros tantos lazos que os da para contenerle, cuando sea menester. Lo que constituye aquí el mayor arte del maestro, es traer á pelo las ocasiones, y dirigir de tal manera las exhortaciones, que de antemano sepa cuándo ha de ceder, y cuándo se ha de obstinar el jóven, para rodearle por todas partes con las lecciones de la experiencia, sin exponerle nunca á riesgos muy graves.

Advertidle de sus yerros antes que los cometa: cuando los haya cometido, no se los reprendais, pues no hariais mas que excitar y enfurecer su amor propio. Leccion que repugna no aprovecha. No sé que haya mayor sandez que la expresion: *¿No te lo habia yo dicho?* El mejor modo de hacer que se acuerde de lo que le dijimos, es hacer como que lo hemos olvidado. Por el contrario, cuando le veais confuso por no haberos creído, templad su humillacion con buenas palabras. Ciertamente os tomará cariño, viendo que por él os olvidais de vos, y que en vez de aumentar su dolor le consolais. Mas si á su desconsuelo añadís reprensiones, os tomará rencor y tendrá empeño en no daros oidos, aunque solo sea por probaros que no es de vuestro dictámen sobre la utilidad de vuestros consejos.

La manera de consolarle tambien puede ser para él una leccion mas útil porque no desconfia de ella. Si le decís: «Presumo que otros mil incurren en iguales yerros», dejais chafada su vanidad, y le corregís con apariencias de compadeceros de él; porque es disculpa que deja muy mortificado al que se precia de valer mas que los otros hombres, el consolarle con su ejemplo; es hacerle entender que por mucho puede aspirar á creer no valen mas que él.

El tiempo de los yerros es el de las fábulas, que censurando al culpado bajo un disfraz extraño, le instruyen sin ofenderle; y entonces comprende que no es mentira el apólogo, por la verdad que á sí propio se aplica. El niño que nunca fué engañado con alabanzas no entiende palabra de la fábula que antes examinó; pero el atolondrado que acaba de servir de irrision á un adulador, concibe maravillosamente que el cuervo era un majadero. Así de un hecho saca una máxima; y